

Art. 2. Se declara cívica la fiesta de la enunciada advocación, y se mandará celebrar el 24 de Septiembre con asistencia de primera clase en la iglesia en que aquella se venera.

Comuníquese al Poder Ejecutivo para su ejecución y cumplimiento. Dado en la sala de sesiones de Quito, á 22 de Abril de 1861.—El Presidente de la Convención, Juan José Flores.—El Secretario, Pablo Herrera.—El Secretario, Julio Castro.—Quito, Mayo 1, de 1861.—Ejécútese: Gabriel García Moreno.—Por S. E. El Secretario General, Manuel López y Escobar.»

Esta disposición legislativa no surtió efectos canónicos por no haberse obtenido aprobación de la Santa Sede. Después, la República se consagró solemnemente al Deífico Corazón de Jesús; pero la Sagrada Congregación de Ritos por decreto de Marzo de 1895 nombró al Inmaculado Corazón de María Patrona especial de la República del Ecuador.

De todos modos la Virgen de las Mercedes es venerada en el Ecuador como Patrona del Ejército y fidelísima Protectora de la ciudad de Quito. Su fiesta se celebra con gran solemnidad con asistencia oficial y procesión solemne. Tres Magistrados Honorables, Vicente Rocafuerte, García Moreno y José María Plácido Caamaño, han dejado recuerdo imperecedero de su devoción á la santa imagen, regalándole el bastón presidencial de carey con puño de oro que sucesivamente manejaron.

Como los liberales volvieron al poder, dictaron la siguiente ley impía, que levantó oleadas de indignación en los pechos de los fervientes católicos.

El Congreso de la República del Ecuador

DECRETA:

Artículo único.—Deróguense los decretos legislativos

de 22 de Abril de 1861, 18 Octubre de 1873 y 4 de Agosto de 1892: el primero que declara Patrona de la República á la Virgen María, en su advocación de las Mercedes; el segundo que consagra la misma al Sacratísimo Corazón de Jesús; y el tercero que acuerda la erección de una estatua de bronce de la Santísima Virgen en el Puncillo de Quito.

Dado en Quito, capital de la República del Ecuador, á 23 de Octubre de 1900».

V

LA SANTA EFIGIE Y SU SANTUARIO

Hemos dicho que la portentosa imagen, incluso el divino Niño que sostiene en el brazo izquierdo y el pedestal, es de un solo bloque de piedra, extraído del Pichincha. La Virgen tiene el rostro inclinado hacia su dulcísimo Hijo. En la mano derecha sostiene el cetro de soberana y la blanca librea de su escapulario. El divino Infante tiene los ojuelos clavados en el rostro de su Madre y está como colgado de su cuello. Ambas figuras visten túnica talar, y la Virgen lleva además manto, que le circunda el rostro á manera de toca y descende en anchos pliegues por la espalda. En el pedestal está esculpido un serafín con alas extendidas. Por desgracia se ha seguido con ella la costumbre de vestirla con telas de seda y brocado, y para lograrlo, hubieron de quitar el pie izquierdo al Niño y mutilar las manos de la Virgen, sustituyéndolas por otras de madera.

El templo había de corresponder á la fama de una imagen tan singular. Los religiosos mercedarios han desplegado celo digno de los hijos de María Redentora de cautivos para levantarle bello y artístico. He aquí la descripción que hace de esta obra el opúsculo titula-

do *La orden de la Merced en el Ecuador*, impreso en Quito el año 1900: «Tal como está ahora la iglesia fué concluída en el año 1735; es de estilo algún tanto pesado, pero no deja de ser muy elegante, clara y espaciosa; adornos de relieve la cubren por completo en la bóveda y las paredes de las tres naves de que consta. Un muy elegante dombo se alza majestuoso sobre cuatro grandes pilastras de piedra labrada en relieve, que guardan uniformidad con el estilo general de la iglesia. Esta cúpula es de reciente construcción, pues no data sino del año 1863, en el que habiendo sido destruída por el terremoto del año 1859 la anterior, fué reconstruída esta nueva..... Tiene la longitud total de la iglesia 57 metros, por 23'85 de latitud incluídas las tres naves, de los cuales metros 8'95 pertenecen á la nave central. Á la parte derecha del presbiterio se extiende la capilla de San Juan de Letrán, la primera, según se cree, que fué edificada en la ciudad de Quito. Se halla enriquecida con todas las gracias é indulgencias de la Basílica de San Juan de Letrán de Roma..... Detrás de la testera del altar mayor se halla la gran sacristía, construída toda de piedra sillar; es indudablemente una de las mejores obras de arquitectura que posee Quito; es de mejor estilo que la iglesia, sólida, clara con la abundante luz que la comunican las grandes ventanas que tiene por sus tres costados; magníficos celajes, cuadros de gran mérito artístico, en mármol unos, en lienzo otros, la adornan en su parte interior..... La misma torre (de 45 metros de altura), no es una obra despreciable; su estructura es de ladrillo y cal; las paredes de una altura considerable, pues miden de grueso más de dos varas.... La forma es cuadrada, adornada á trechos en toda la longitud por hermosas y sólidas balaustradas de cal y ladrillo, y lleva en su última corona un buen pararrayos».

VI

EL VENERABLE FRAY PEDRO URRACA

Las imágenes de la Reina del cielo veneradas por santos siempre han sido milagrosas. Ésta de Nuestra Señora de la Merced de Quito ha visto rendidos á sus plantas heroicos Misioneros que evangelizaron los sitios más apartados del Ecuador y penetraron en el Brasil. Allí bebían el celo ardiente que los devoraba y fortaleza magnánima para atravesar ríos y desiertos sin más amparo que la Providencia. Entre esas almas justas que se formaron junto á la Virgen de las Mercedes figura en primera línea el Venerable Urraca, cuya causa de beatificación está en poder de la Congregación de Ritos, y ojalá no se dilate el día en que la Iglesia le decrete los honores de los altares.

Era el Venerable Urraca oriundo de España, y nació en 1583 en la villa de Jadraque, provincia de Guadalupe y diócesis de Sigüenza. En el bautismo recibió el nombre de Pascual; pero en la Confirmación lo cambió por el de Pedro. Vino á América con el intento de visitar á un hermano suyo, que era franciscano descalzo y que murió en olor de santidad. Al punto de embarcarse cayó en el mar y se iba hundiendo, hasta que, invocando á la Santísima Virgen, vió que una hermosísima Señora, cogiéndole de la mano, le puso en la orilla con admiración de cuantos presenciaron el hecho. Esto le obligó á diferir su viaje hasta que se le ofreció otra ocasión propicia; pero entonces una deshecha tempestad que se desencadenó en medio del océano, puso en inminente riesgo de perecer á todos los navegantes. Pedro hizo voto á la Virgen Santísima de hacerse religioso, aunque sin designar el Instituto. Protegido visiblemente por

María, arribó á Quito, y su hermano le colocó en clase de estudiante en el colegio de San Luis.

En una mañana de 1603 el piadoso mancebo se trasladó á la iglesia de la Merced para asistir al augusto sacrificio de la misa y pedir al cielo que le iluminara acerca del Instituto religioso que debía abrazar. Estando en lo más ferviente de su plegaria, vió que la comunidad mercedaria salía á cantar un responso, y al mirar á la sagrada efigie, notó que estaba inclinada y mirando á su Hijo santísimo que tenía en los brazos, y meneando la mano derecha, hacia una seña como que hablaba con alguno que estaba abajo. Absorto de la novedad el joven bajó los ojos, y observó que la Comunidad de los religiosos se iba entrando al convento, y que al pasar por el altar mayor, al tiempo que iba cada uno hincando las rodillas al Santísimo, también iba la Virgen Santísima alcanzando de su Hijo un favor para cada religioso, y como Madre y Maestra, enseñando á cada uno lo que debía hacer. Acabado que hubo de pasar el Prelado, con quien hizo las mismas acciones que con los demás, aunque más dilatadas, mirando la Virgen con ternura su Comunidad, le hechó la bendición, y luego, poniendo los ojos en nuestro estudiante, le llamó con la mano señalándole la Comunidad, como mandando la siguiese. Él, bañado en gozosas lágrimas, al punto obedeció; y levantándose del rincón donde estaba, fué por los mismos pasos que había ido la Comunidad; llegó á la grada donde todos los religiosos habían hincado las rodillas, y haciendo él lo mismo, le volvió á hacer señal la Virgen que se entrase en el convento siguiendo la Comunidad, y al humillarse le echó la bendición.

Durante el noviciado y después de la profesión Fray Pedro fué muy favorecido de la Reina del cielo con dones singularísimos, en premio de la devoción que profesaba á su bendita imagen. No se cansaba de mi-

rarla, y hubiera pasado las noches enteras absorto en su contemplación, si la obediencia se lo hubiera permitido. Logró que le nombraran sacristán y portero para tener ocasión de visitar más á menudo á la que, después de Dios, era el imán de sus amores.

La Virgen le libró algunas veces de las iras del demonio. En cierto día el Comendador le envió á tocar las campanas de la iglesia para un acto de piedad. El fervoroso novicio, al pasar delante del altar, dirigió muchos requiebros á la Madre de la Merced, y mientras tocaba la campana, repetía sin cesar la oración de la Salve. Irritado el demonio, se le apareció en forma de espectro gigantesco. Hizo un ruido formidable, de modo que el novicio creyó que caía la torre, y huyó; pero el demonio, dándole un golpe en las espaldas, le dijo: *ahora morirás*, y lo arrojó en la bóveda de la capilla que había destapado. Fray Pedro acudió al amparo de María Santísima, y perdió los sentidos; mas de repente, sin saber cómo, se encontró arrodillado en el oratorio del noviciado.

En otra ocasión, siendo sacerdote y hallándose en el Perú, le salió en un camino solitario el infeliz Satanás. Era una noche oscura, y los ojos del maldito relampagueaban horriblemente. Abrazóse con Fray Pedro, y pretendía despeñarlo. Mas éste vió dibujada en los aires la milagrosa imagen de Nuestra Señora de la Merced de Quito; con lo cual cobró ánimos para increpar al demonio de este modo: *Fiera bruta, ¿no sabes que con la ayuda de Dios no te temo?* Y cuando le soltó el demonio, corrió tras él con el escapulario en la mano, y diciéndole: «Aguarda soberbio; verás abatida tu altivez al golpe de este escapulario de mi Madre la Virgen Santísima de la Merced». Y desapareció la infernal visión.

El día de su profesión, estando delante del altar dando gracias á la Santísima Virgen por la clemencia que

había usado con él ordenándole que ingresara en su Orden, Ella se dignó exhortarle al cumplimiento de lo que había ofrecido y le prometió su ayuda. Cuando estaban en lo más animado de la plática, hizo la campana la señal para que la Comunidad rezase maitines. El novicio, besando el suelo, dijo á la Virgen: «Adiós, Señora, que voy á maitines, donde nos llama la obediencia». La Virgen, como aplaudiendo su conducta, le dió su bendición. En otra circunstancia le animó á recibir las sagradas órdenes, como habían dispuesto los superiores. Cuando recibió el presbiterado, Nuestra Señora le aseguró que nunca celebraría misa que no fuese del agrado de su Hijo.

Destinado á Lima, sentía mucho tener que separarse de su querida Madre. La noche antes de la partida, entre amorosos requiebros, le decía: «¿Cómo es posible vivir yo sin Vos? ¿Qué ha de ser de mí, faltándome vuestra presencia? Más quisiera, ¡oh Madre mía! quedar enterrado delante de vuestro altar, que vivo en otra parte». La santa imagen le respondió: «Anda, Pedro, que yo voy contigo, y te aseguro que siempre me has de tener presente». Y así sucedió, pues según declaró el mismo Venerable á su confesor, desde que salió de Quito apenas hubo día ni noche que no viese á la santa imagen de Nuestra Señora de la Merced tan claramente como si estuviera hincado de rodillas delante de su altar; continuándose este favor por más de cuarenta años que faltó de Quito.

En Lima brilló por sus virtudes como estrella de primera magnitud. Ejerció un apostolado fructuosísimo, no sólo entre los indígenas, sino entre los grandes y en los mismos Virreyes. Es uno de los héroes de virtud que han esparcido más olor de Cristo en América. Murió en Lima el 7 de Agosto de 1657 á la avanzada edad de setenta y tres años.

Escribió la vida de este admirable varón el Maestro Fray Felipe Colombo con el título de *El Job de la ley de gracia, retratado en la admirable vida del siervo de Dios, Venerable Padre Fray Pedro Urraca*, y se imprimió en Madrid el año 1790.

Autoridades.—Todo lo que hemos escrito en esta reseña y en la de Nuestra Señora de Loreto, que sigue, lo hemos tomado de un libro titulado *Reseña histórica de algunas imágenes portentosas de la Santísima Virgen veneradas en la República del Ecuador* publicada en 1903 por el señor presbítero D. Julio María Matovelle. Con celo y entusiasmo dignos de todo elogio el elegante escritor se ha dedicado á dar á conocer las imágenes venerandas de su patria, que han sido el consuelo de muchas generaciones y que iban cayendo en el olvido por no haber habido quien redactase por escrito su origen y sus milagros. Ojalá que esta laudable conducta encontrase imitadores en las demás Repúblicas de la América Latina. ¡Cuánto ganaría el culto de la Santísima Virgen y la literatura española!